

The Glory and Weight of Fatherhood

When Jesus taught us to pray, He began with an astonishing way to address God: “Our Father.” With those words, He revealed something at the center of God’s being: He is not just almighty or eternal, He is Father. God is not distant or abstract. He is personal, relational, and tender.

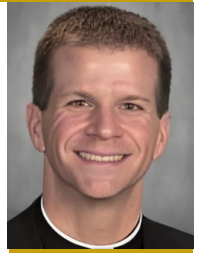
That should make all fathers stop and think on Father’s Day. Somehow, Jesus taught that God’s relationship to us is similar to our relationship with an earthly father. St. Paul echoes this truth in his letter to the Ephesians: “I bow my knees to the Father of our Lord Jesus Christ, of whom all paternity in heaven and earth is named” (Eph 3:14–15, Douay-Rheims Translation). That is the glory of earthly fatherhood: it is meant to reflect the very Fatherhood of God. Whether biological or spiritual, every true father is called to be a living image of God Himself to his children.

But that is also the terrible weight of fatherhood. The way a father interacts with his children will shape their view of God forever. A father’s kindness or coldness, his presence or absence, his delight or indifference—all of these things shape a child’s theology, not just their personality. Some may come to believe in God’s existence through intellectual arguments, but it is often through the lived experience of a father’s love that they come to believe in God’s goodness.

On this Father’s Day, we give thanks for the many fathers who have striven—however imperfectly—to reveal something of God’s fatherly love to us. And we pray for those still carrying that responsibility now. You are not alone. The Fatherhood of God is not only your model; it is a source of grace. If you approach Him as Father in your own life, He will fill you with the grace to be a father. And when you fail (as all fathers do), He will always greet you with mercy, forgiveness, and the opportunity to begin again in your sacred role.

Fatherhood is one of the most powerful forces on earth. When it is lived with integrity, it blesses generations. When it is wounded, it can take years to heal. But when it is surrendered to God, it becomes a conduit of divine grace. That is the glory—and the weight—of fatherhood.

– Fr. Clayton



**READ &
SHARE**

La Gloria y el Peso de la Paternidad

Cuando Jesús nos enseñó a orar, comenzó con una forma sorprendente de dirigirse a Dios: «Padre Nuestro». Con esas palabras, reveló algo que está en el centro del ser de Dios: No es sólo todopoderoso o eterno, es Padre. Dios no es distante ni abstracto. Es personal, relacional y tierno.

Eso debería hacer que todos los padres se pararan a pensar en el Día del Padre. De alguna manera, Jesús enseñó que la relación de Dios con nosotros es similar a nuestra relación con un padre terrenal. San Pablo se hace eco de esta verdad en su carta a los Efesios: «Doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra» (Ef 3,14-15, Traducción del Douay-Rheims). Esa es la gloria de la paternidad terrena: está destinada a reflejar la misma paternidad de Dios. Ya sea biológico o espiritual, todo verdadero padre está llamado a ser una imagen viva de Dios mismo para sus hijos.

Pero ése es también el terrible peso de la paternidad. El modo en que un padre interactúa con sus hijos conformará para siempre su visión de Dios. La amabilidad o la frialdad de un padre, su presencia o su ausencia, su deleite o su indiferencia: todas estas cosas conforman la teología de un niño, no sólo su personalidad. Algunos pueden llegar a creer en la existencia de Dios a través de argumentos intelectuales, pero a menudo es a través de la experiencia vivida del amor de un padre como llegan a creer en la bondad de Dios.

En este Día del Padre, damos gracias por los muchos padres que se han esforzado -aunque imperfectamente- por revelarnos algo del amor paterno de Dios. Y rezamos por los que siguen cargando con esa responsabilidad ahora. No están solos. La paternidad de Dios no es sólo tu modelo; es una fuente de gracia. Si te acercas a Él como Padre en tu propia vida, Él te colmará de la gracia de ser padre. Y cuando falles (como todos los padres), Él siempre te recibirá con misericordia, perdón y la oportunidad de empezar de nuevo en tu sagrado papel.

La paternidad es una de las fuerzas más poderosas de la tierra. Cuando se vive con integridad, bendice a generaciones. Cuando está herida, puede tardar años en sanar. Pero cuando se entrega a Dios, se convierte en un conducto de la gracia divina. Ésa es la gloria -y el peso- de la paternidad.

– P. David

PAGE 3

